

El piedrastal de la Luna

Federico Alejandro Cruz Márquez



Capítulo 1

El piedrastal de la Luna.

La noche caía sobre aquel lejano bosque ubicado en algún rincón de Asia.

Omax había llegado hasta ahí guiado únicamente por el reflejo de la Luna y un sueño en el que una extraña voz le susurraba al oído diciéndole que él era el primer elegido para encontrar los piedrastales.

Según la leyenda, los dioses primordiales se habían olvidado de los habitantes de la Tierra. Al sentirse abandonados y solitarios, tanto los seres humanos como los elfos, morokais, duendes, ograftans y demás criaturas inteligentes del planeta, habían empezado a crear a sus propias deidades. Cuando se dieron cuenta de su falla, los dioses primordiales intentaron convencer a los distintos pueblos de que ellos eran a quienes debían adorar. Los habitantes de la Tierra no se convencieron y rechazaron a los primordiales; estos últimos al ver que ya no eran bienvenidos decidieron regalarles los ocho piedrastales como símbolo de arrepentimiento por haberlos abandonado y como una manera de demostrarles que querían ayudarlos. Se suponía que todos los piedrastales habían sido colocados en distintos lugares alrededor del globo esperando al viajero valiente y sin exceso de oscuridad en su alma, elegido para encontrarlos.

La leyenda indicaba también, que cada uno de los piedrastales contenía uno de los elementos que generaban la vida en el universo (el poder de las estrellas, la luna, el agua, la tierra, el fuego terrenal, el aire, el amor y el sacrificio). Al final de cuentas quien se hiciera con el poder de los piedrastales podría controlar los elementos en beneficio de su pueblo.

Omax entró en una cueva muy angosta pisando con cuidado para no tropezarse con alguna de las pequeñas rocas que estaban esparcidas por el suelo. El brillo fosforescente que emitía su piel color rojizo era lo único que iluminaba aquel sitio.

De pronto, Omax se encontró con el final del túnel, frente a él había una enorme cámara.

Cuando Omax estuvo a punto de regresar por el camino por donde había venido escuchó una voz profunda que retumbó por encima de su cabeza:

-- Omax el ograftan, ha venido siguiendo la orden de los piedrastales ¿Es cierto eso? ¿Es usted Omax, o solo es un despistado que se ha metido aquí por error? ¡Quiero oír su voz! ¡Dígame si usted es Omax!

El ograftan miró hacia al techo con un poco de nerviosismo y contestó:

-- Soy yo.

La voz profunda volvió a hablar.

-- El protocolo indica que debo preguntar si usted fue enviado aquí por su propia voluntad o si lo ha hecho bajo presión, sin embargo no haré esa pregunta ya que los piedrastales han ahondado en su alma y me han confesado que usted no cuenta más apoyo que su intuición y sus sueños.

-- Yo... --Omax se sorprendió al darse cuenta de que muchas cosas de las que hablaban las leyendas eran reales. De repente se sintió tan pequeño e indigno.

-- Los piedrastales lo sabían --intervino la voz--. Omax el Ograftan marginado, que fue llamado en sus sueños por "ellos"... --el dueño de la voz se materializó revelando a un enorme dragón rojo escarlata de ojos enormes los cuales parecían sacados de un dibujo animado para niños--. Usted es del que todos en su pueblo se ríen, lo llaman tarado e inútil, sin embargo, usted aprovechó que su nación entrará en guerra para poder escapar e ir en busca de los piedrastales.

-- Bueno... yo... --el ograftan sintió una mezcla de pena y enojó. Se sentía apenado por haber huido de aquella guerra, en la cual se necesitarían muchos soldados para hacer frente a la amenaza que cernía sobre su nación, el único lugar que conocía; por otro lado sintió enojó cuando aquel dragón le recordó lo estúpido que lo hacían sentir en su lugar de origen. De pronto también tenía ganas de que exterminara a aquellos vecinos que tanto lo habían hecho sufrir.

-- No se enojé --dijo el dragón, desmaterializándose nuevamente--. Guarde sus energías para pruebas.

-- ¿Pruebas? -- preguntó el ograftan un poco asustado. Su mente empezaba a recordarle que evidentemente no iba a ser tan sencillo legar, tocar la puerta y pedir el piedrastal.

-- Claro --dijo la voz--. Por hoy solo obtendrás un piedrastal. El se siente de capaz de pensar que tú eres el indicado para quedarte con él pero... ¿Tú serás capaz de pensar que eres el indicado para estar con "él"?

Antes de su mente pudiera procesar aquella pregunta, el dragón se volvió a materializar y exclamó:

-- Solo recuerda: Las comodidad no siempre es buena, las cosas lindas también pueden engañarte, apaga los oídos y úntate suficiente aceite, y

por supuesto; demuestra que la intuición sirve para algo... ¡Sobre todo esta última! --gritó el dragón.

--Pero ¿Quieres decir? --el miedo de Omax se mezcló una extraña confusión mental.

Una de las paredes de la cámara se abrió dejando ver un pequeño cuarto rojo.

-- Adelante nene --dijo el dragón con una voz muy afeminada. Ese cambio de voz tan repentino hizo sentirse incomodo al ograftan.

Tan pronto entró el cuarto, la pared se cerró detrás de sí. El tono de su piel se confundió rápidamente con las paredes de la habitación, haciendo parecer que la había desaparecer.

Un zumbido cruzó la habitación haciendo que Omax se tapara los oídos. El zumbido se apagó, pero entonces una voz diferente a la del dragón vino de alguna de las esquinas del cuarto.

-- Sabes cariño, este chico me avergüenza ¿Por qué no mejor tuvimos una ografniña?

Omax reconoció la voz, era de su padre.

-- Eres muy apestoso, ni siquiera has aprendido a usar los cubiertos.

La voz cambió, ahora era su tía Sonoria.

-- Asqueroso ografniño, no jugaras con nosotros.

Era la voz de sus compañeros del instituto de enseñanza.

Más voces empezaron a llegar por todas las esquinas. Cada más fuertes y menos entendibles.

-- ¡Sucio! ¡Ratero! ¡Ratero! ¡Eres una vergüenza! ¡Te quiero solo como amigo! ¡No creo que pueda...!

Las palabras hicieron que Omax empezara a sentirse vulnerable, algo le decía que no tenía sentido que siguiera, que no llegaría a ningún lado, que no era digno de este mundo. El ograftan empezó a encogerse en una esquina como un niño asustado, casi quería llorar. De repente, una voz en su cabeza lo paró en seco. Algo le gritaba desde adentro que recordará las palabras.

“Ellos no están aquí, ellos no están aquí, tú lograste venir muy lejos y estás a punto de lograrlo, casi lo tienes, solo aguanta un poco más”. Una

lejana voz en su mente le rogaba a gritos que no escuchará. La frase del dragón "úntate aceite", cobró sentido.

La voz en su mente estaba sonando más fuerte que las voces a su alrededor. Omax tomó aire y pensó "No escuchó nada".

Las voces se apagaron, la pared se abrió nuevamente y Omax salió hacia la cámara.

-- Prueba número uno... esa fue la prueba número --dijo el dragón con su voz profunda, materializándose nuevamente--. Sabes, en realidad no creo que vayas conseguir ese piedrastal. Bueno... --la pared se abrió por tercera vez.

-- Como adoro los finales felices. Es tiempo de que recibas el obsequio que te mereces primor --dijo el dragón nuevamente, esta vez, sin cambiar el tono de su voz, pero al mismo tiempo pasándole su viscosa lengua por el cuerpo.

Omax sintió un profundo escalofrío.

En el cuarto solo había una cama y una mesa con una caja de madera.

-- Hola bebé te estaba esperando.

El ograftan se dio la vuelta, detrás de él estaba parada una hembra humana; era rubia, alta, delgada y con enorme busto.

-- ¿Quieres un chocolate? --preguntó ella mientras se acercaba lentamente.

"Un chocolate". Pensó él "¿Qué es un chocolate?".

Omax sentía una gran debilidad por las hembras humanas, sobre todo por las rubias; así que no pudo contestar. Le temblaban las rodillas.

-- Ven siéntate --dijo ella, sentándose sobre la cama--. Vamos, ven aquí --la chica le hizo una seña para que se acercara.

-- La verdad... --Omax se puso extremadamente nervioso, algo en sus pantalones se estaba moviendo; no sabía qué hacer, de donde venía el considerado un "vupox", ósea el equivalente a un virgen.

-- ¿No quieres quedarte? Vamos, quédate aquí conmigo. Olvidémonos un poco de las preocupaciones.

El ograftan se sintió tentado a quedarse. Al final de cuentas si permanecía ahí, dejaría todas las responsabilidades y se quitaría de encima muchas

presiones.

-- No... no puedo... tengo ir... una misión --algo le decía que aún tenía trabajo y una gran responsabilidad. La puerta se volvió a abrir.

-- Bueno, ni modo, eres un buen chico, para tener placer hay que cumplir con el trabajo --la mujer sacó un cuchillo que tenía escondido dentro de la caja de madera y le pasó el dedo por la hoja--. Buena suerte con tu misión, nos veremos pronto --dijo ella sonriendo y sin dejar de ver el cuchillo.

Omax salió de nuevo a la cámara, donde el dragón lo esperaba una vez más.

-- ¿Hubo mucho sexo? --preguntó la criatura con voz amigable.

-- No --dijo Omax, apenas recuperándose del encuentro con la rubia.

-- Flusbecks --dijo el dragón. En idioma dragoniano flusbecks significaba marica.

En la tercera habitación las cosas parecían más acogedoras. Era una sala con amplios sillones, un candelabro lleno de piedras, ventanas, imágenes de gatitos y una enorme televisión. Por supuesto que Omax no tenía idea de aquellos muebles acolchados con almohadas eran sillones ni que el cuadrado negro, plano y brillante era una televisión.

Omax miró aquel candelabro de piedras, las cuales se parecían mucho a los piedrastales; no es que en su vida hubiera visto uno, pero en los libros de mitología siempre dibujaban a los piedrastales con la forma de una lágrima, y las piedras del candelabro tenían forma de lágrima.

-- Ahh... hola mi rey ¿Cómo has estado? --una viejita humana muy delgada, cabello largo y baja estatura entró en la estancia.

-- Omax se levantó de su asiento dispuesto a ayudarla.

-- No te preocupes --dijo ella--. Puedo sola --camino hasta el sillón, donde se sentó--. ¿Te acuerdas de mí?

-- Omax negó con la cabeza. Jamás en vida había visto a una humana de edad avanzada, por lo menos no de visita en su casa y menos vestida de esa manera tan extraña.

-- Claro, como me ibas a recordar, si cuando tus padres me visitaron aquella vez, tu todavía no nacías. Un silbido se provino de detrás de una

puerta de madera.

-- ¡Ya está el té! ¡Déjame servirlo! ¿Quieres galletas? --la anciana se levantó y cruzó puerta de madera.

"¿Qué rayos es el té y qué se son las galletas?" Se preguntó Omax. Mientras esperaba, la curiosidad le ganó al ograftan y este fue a revisar el candelabro para ver si el piedrastal se escondía ahí. No encontró nada más que un par de diminutas arañas.

Omax regresó al sillón, donde para su mala sorpresa encontró más arañas. Metió las manos entre las almohadas y encontró hilos gruesos de telaraña. Definitivamente esa humana no limpiaba bien sus muebles.

El ograftan volteó hacia el techo y topó con más telarañas. Una araña grande corrió por la pared.

Omax dejó de lado las arañas y se concentró en las palabras del dragón.

"La comodidad ya estuvo, úntate aceite ya". Pensó "Falta lo de la intuición y lo no dejar...". Algo interrumpió sus pensamientos; algo le tocó la cabeza, era una telaraña. Omax estaba seguro de que hace dos segundos la telaraña no era tan larga.

Un zumbido se escuchó detrás de la cortina, solo había un animal capaz de zumbar tan asquerosamente; era un podrido, un bicho que parece una mezcla de cucaracha y escorpión. Pero no era posible que hubiera uno de esos animales ahí, esos bichos solo alrededor de cadáveres, desechos fecales, plantas rodaras y como parásitos de mujeres aracne.

De repente, Omax recordó que su madre había muerto a manos de una mujer aracne, la cual se suponía era su amiga, aunque ella no lo sabía. El Ograftan recordó que su madre visitaba a su amiga y luego esa amiga la asesinó.

El suelo empezó a llenarse de telarañas, más arañas corrían por la pared.

-- No puede ser ella.

-- Traje el té. La señora estaba detrás de él. Tan pronto le dio la taza, una enorme telaraña salió de debajo de la taza.

Omax soltó el plato con taza y esta se hizo pedazos en el suelo.

-- Perdón.

-- No te preocupes, yo lo levantó.

-- Discúlpame, creo que ya me voy, me acordé que tengo...

--- ¿No te quedarás a tomar té? Pero si a tu madre le encantaba venir a tomar el té.

Las telarañas crecieron por todos lados, estirándose como látigos. Algunas se enredaban en los brazos de Omax pero este se las quitaba rápidamente.

-- ¿Vas a despreciar mi té? --los pantalones de la anciana volaron en pedazos dejando ver su escapula de araña.

Omax soltó un grito y empezó a buscar la salida.

-- Si te quedas a comer te presentaré a mis hijas y a mis amigos.

Cientos de arañas de distintos tipos corrieron por el suelo. Muchos podrios, volaron en círculos alrededor de Omax. El Ograftan empezó a golpear la pared, esta se abrió y Omax salió de nuevo, la cámara.

Omax permaneció unos segundos tratando de recuperar el aliento.

-- Bueno... bueno... que esperas para entrar a la última prueba.

Omax fue empujado a una habitación oscura en donde solo se escuchaba el llanto de un bebé y el tictac de un reloj. El lugar brillo lunar iluminó una flor y la cuna donde se encontraba el bebé.

-- Demuéstrame que la intuición si sirve --la voz profunda del dragón retumbó por toda la habitación.

Un brillo naranja surgió de la cuna del bebé.

-- Ahí está el piedrastal, solo tienes que hacer un pequeño sacrificio.

Omax se acercó lentamente a la cuna. Un horrible dolor de cabeza provocó que el ograftan se retorciera el piso. Vio su vida pasar gran velocidad. Se vio así mismo a los cinco, a los diez, de bebé, en la entrada de la cueva, saliendo a escondidas de su isla, metiéndose a los trece años en la cabaña de su vecina para ver cómo se cambiaba.

Con mucho esfuerzo se puso de pie frente a la cuna, en ella estaba un bebé desnudo y junto a él un cuchillo muy afilado. Sintió un golpe en la cabeza y se vio acostado en la cuna mirándose así mismo sosteniendo el

cuchillo.

La barriga del niño brillaba con un tono anaranjado.

-- Ya la tienes. Solo cuando lo abras sabrás que piedrastal has conseguido.

Omax alzó el cuchillo y volteó a ver a la planta. Algo lo hizo cambiar de opinión porque de pronto dejó al niño y al cuchillo sobre la cuna y camino hacia la planta.

El ograftan abrió las hojas de la planta y se encontró con lo que había estado buscando; el piedrastal de la Luna. Aquel objeto contenía una piedra gruesa en el interior y estaba rodeado por un cristal color blanco.

-- Que bueno que tu intuición funciona a la perfección, si hubieras asesinado a ese niño, no habrías vivido para vivir este momento.

Federico C. Márquez